



EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DILEXI TE:

Sobre el Amor a los Pobres

Papa León XIV

En profunda continuidad con la encíclica *Dilexit Nos*, en la que el papa Francisco desarrollaba el misterio inagotable del amor divino y humano del Corazón de Cristo, el documento parte de las palabras del Señor: «Yo te he amado» (Ap 3, 9) y quiere señalar la fuerte conexión que existe entre el amor de Cristo y su llamada a acercarnos a los pobres.

El primer capítulo comienza retomando el texto del Evangelio en el que Jesús defiende a la mujer que, reconociendo en él al Mesías sufriente, le derrama un perfume precioso. Al afirmar: "Porque a los pobres siempre los tendrán con ustedes, pero a Mí no siempre Me tendrán. (Mt 26, 8-11),

Jesús revela que, aunque pequeño, este gesto fue para él un inmenso consuelo. Esto demuestra que ningún gesto de afecto, ni siquiera el más pequeño, será olvidado, especialmente si se le concede a alguien que sufre, que está solo, que está necesitado, como lo estaba el Señor en ese momento. Y es precisamente en esa perspectiva donde el afecto por el Señor se une al afecto por los pobres.

Esta exhortación tiene una estructura bastante sencilla, dividida en cinco capítulos. El primer capítulo presenta los acontecimientos actuales sobre los que habla el papa León XIV, y el capítulo 5, el último, vuelve a los acontecimientos actuales. Entre ambos, hay una larga visión histórica: el capítulo 2 trata de los escritos bíblicos y el capítulo 3 presenta la historia del compromiso de la Iglesia católica con los pobres a través de numerosas personalidades de diversos ambientes.

A continuación, el capítulo 4 se centra, por así decirlo, en la historia del siglo XX con la doctrina social de la Iglesia, el Concilio Vaticano II, que se reinterpreta a la luz de las acciones del grupo «Iglesia de los Pobres» durante el Concilio, y luego pasa a la riqueza de la Teología de la Liberación y la Iglesia latinoamericana.

Por lo tanto, podemos decir que este largo recorrido por la historia no es un fin en sí mismo, sino que tiene como objetivo arrojar luz sobre los acontecimientos actuales, tal y como se muestra en el primer capítulo, y estimularnos en nuestro compromiso actual, tal y como se muestra en el último capítulo.

Esta carta es, por lo tanto, una especie de relectura, y el énfasis que el Papa pone en mostrar que todo esto no pertenece al pasado, sino que de alguna manera estamos involucrados en este movimiento.

No solo somos sus custodios, sino también sus sucesores.

Hemos seleccionado cuatro puntos destacados por el Papa.

El primer punto es la forma en que León XIV conecta la historia de la Iglesia con la historia de su compromiso con los pobres. De hecho, ofrece una reinterpretación muy contemporánea de esta historia.

Un ejemplo sencillo. Cuando habla de la historia monástica, insiste en el hecho de que los monjes y monjas, como hombres y mujeres de oración, también tienen la misión de acoger a los pobres, cuidarlos, etc. Y establece la conexión diciendo que han luchado contra la cultura de la exclusión y han participado en «un enfoque educativo cristiano de la inclusión».

Así pues, podemos ver cómo el paradigma de exclusión-inclusión es un paradigma muy contemporáneo; el Papa no lo impone arbitrariamente a la historia, sino que muestra cómo puede utilizarse para reinterpretar la historia. Por lo tanto, el nuevo énfasis aquí está en ver cómo la larga historia de la Iglesia nos inspira a la hora de abordar cuestiones muy contemporáneas.

Un segundo énfasis es, podríamos decir, una confirmación de la enseñanza de Francisco de que la opción preferencial por los pobres es una elección de Dios. Es Dios quien se compromete primero con los pobres, con los que más sufren, con los oprimidos; esto es lo que muestra especialmente el capítulo sobre la Biblia. En otras palabras, la opción por los pobres no es solo una elección secundaria de algunos grupos de la Iglesia; no, en realidad, es una elección de Dios mismo. Es un compromiso divino.

Un tercer enfoque, algo original, se centra en la política, con una crítica que no es extensa pero sí firme, y en ocasiones incluso muy desafiante, denunciando una vida de comodidades que está desconectada de los pobres.

El Papa hace hincapié en que la era actual del capitalismo puede crear una cortina de humo virtual, una especie de velo que nos impide ver realmente a los pobres.

Además, su crítica de los temas económicos no se centra en el ámbito económico en sí, sino más bien en el ámbito de las relaciones, al mostrar cómo una sociedad consumista y orientada a la comodidad, que valora mucho el éxito individual, puede impedir la comunicación entre los pobres y los demás.

Y así, en este contexto, hay algo bastante singular: León XIV es muy consciente de que la Iglesia es como cualquier otra institución social en este sentido. Incluso en la Iglesia, las personas pueden ser ciegas ante la realidad que viven los pobres y proyectar sus prejuicios sobre ellos. Y el Papa es bastante severo cuando se trata de estos prejuicios proyectados, incluidos los que existen dentro de la Iglesia.

Luego, un cuarto y último punto que se desprende de lo dicho por Francisco, utilizando términos bastante fuertes, es que los pobres no son principalmente receptores de la caridad de los demás, sino personas capaces de actuar. Son personas importantes, que participan activamente en la historia, y el Papa destaca su resiliencia y su lucha por sobrevivir. Enfatiza su energía y su fuerza en la historia, pero también los presenta como individuos con vida espiritual, mostrando cómo los pobres son también maestros del Evangelio.

Por último, decir que los pobres participan activamente puede parecer un poco exagerado, pero, de hecho, él hace hincapié en la presencia de comunidades pobres dentro de la Iglesia.

Estos son solo algunos de los puntos que dan vida a este texto.

Casi podemos oír la importancia de pasar de una cultura del desperdicio, en palabras del papa Francisco, a una verdadera cultura de la inclusión, en la que las personas sean finalmente tratadas como participantes de pleno derecho.

De hecho, lo que nos está mostrando es hasta qué punto la presencia de los pobres es lo que define a la Iglesia. Es decir, sin los pobres, la Iglesia no es ella misma.

Los cristianos no pueden considerar a los pobres como un problema social; deben verlos como un «asunto familiar»: son «uno de los nuestros». En este sentido, la parábola del buen samaritano (Lucas 10, 25-37) nos invita a reflexionar sobre nuestra actitud hacia el hombre que yace herido al borde del camino. Las palabras «ve y haz lo mismo» (Lc 10, 37) son una misión que debemos llevar a cabo cada día.

En conclusión, la Exhortación Apostólica nos recuerda que el amor cristiano trasciende todas las fronteras, acerca a los que están lejos, une a los extraños y convierte a los enemigos en amigos. Es profético, obra milagros y no tiene límites. Una Iglesia que no pone límites al amor, que no tiene enemigos, sino solo hombres y mujeres a quienes amar, es la Iglesia que el mundo necesita. Trabajando para transformar las estructuras injustas y ofreciendo apoyo personal, los pobres podrán escuchar las palabras de Jesús:

« Yo te he amado » (Ap 3, 9).

